

ARGENTINA Y LA INTERVENCIÓN EUROPEA EN MÉXICO EN 1862

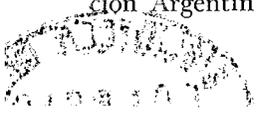
Ricardo R. CAILLET-BOIS
Academia Nacional de la Historia

CON PROPÓSITOS MÁS O MENOS VISIBLES, los sucesos acaecidos en el Caribe desde mediados del siglo XIX habían hallado siempre, en el Río de la Plata, comentaristas de variada información pero muy interesados en extraer conclusiones de los hechos de aquel teatro. Sirva para el caso de ejemplo suficiente la *Gaceta Mercantil*.

Las intervenciones de la diplomacia europea no pasaban desapercibidas para gobernantes y gobernados. Sobre todo cuando, con fundamento o sin ello, se intuía que aquella equivalía a una tentativa de conquista o anexión de una porción del Continente.

En consecuencia, nada extraño resulta comprobar el espacio que le asignaron los principales órganos periodísticos de Buenos Aires a la intervención europea en México.

Pero previa a la consideración del tema será menester tener presente cuál era el estado político de la Confederación Argentina a comienzos de 1862. Victorioso en la batalla de Pavón (17 agosto 1861), el gobernador de la Provincia de Buenos Aires, general Bartolomé Mitre se disponía a consolidar y completar la unión nacional dentro del orden constitucional. Para Mitre no cabía duda alguna acerca de este último aspecto. La Constitución de 1853, reformada en 1860, tenía vigencia y era, en definitiva, el dique más sólido para evitar aventuras de las cuales sólo cabía esperar horas inciertas y un porvenir obscuro. Sin embargo, no era ese el pensamiento defendido por los más recalcitrantes adherentes de lo que algún diplomático extranjero llama "partido unitario". En febrero de 1862 las representaciones diplomáticas extranjeras acreditadas cerca del extinguido gobierno de la Confederación Argentina continuaban aún en Paraná. Únicamente el



ministro de Inglaterra, Mr. Thornton, se disponía a trasladarse a Buenos Aires acicateado por la inminencia de una guerra entre su patria y los Estados Unidos de América. Frente a esa probable situación había decidido instalarse en Buenos Aires para poder estar en situación de resolver rápidamente los problemas relacionados con las futuras presas y el límite de la jurisdicción de la provincia ya citada en las aguas del Río de la Plata. Finalmente el mencionado diplomático abandonó Paraná el 22 de febrero cuando las relaciones de Inglaterra y Estados Unidos habían entrado en un periodo de bonanza. Todo lo cual hace suponer que Thornton tenía mucho interés en salir de la antigua capital de la Confederación y en instalarse en la ciudad de Buenos Aires. Un día antes había hecho lo mismo el ministro Palmer, de los Estados Unidos, que partió moribundo. Durante los seis meses que permaneció en Paraná sólo había abandonado el lecho el día que entregó sus credenciales. En cuanto al representante francés, Ch. Lefèbre de Bécour, no se animaba aún a imitar a sus colegas. Vacilaba porque no podía prever cuál sería la futura capital. Permaneció en Paraná hasta el 10 de mayo, fecha en que se embarcó para evitar que su ausencia el día de la inauguración del Congreso fuese mal interpretada. El 12 a la noche llegaba a Buenos Aires.

Mitre, entretanto, obtenía un amplio triunfo en el Senado de la Provincia, que por una amplia mayoría le concedió la autorización para que convocase al Congreso. El debate, prolongado y muy vivaz, reveló más claramente que nunca la existencia en Buenos Aires de "un partido muy activo cuyo jefe es Alsina que tiende a la secesión pura y simple, aunque parezca que combate solamente la elección de Buenos Aires como sede de reunión del próximo Congreso". Era un partido que tenía mucha influencia en varios clubes, con "una mayoría turbulenta compuesta principalmente de jóvenes" y cuya divisa era: "Integridad territorial y autonomía de la provincia". La Cámara de Diputados, a su turno, aprobó la ley y el Congreso fue convocado para el 25 de mayo.¹

Estaba de por medio el grave problema de la Capital, problema que dividía y ennegrecía de pasión a la ciudadanía.



Vencida la Confederación en Pavón, Paraná dejaba de ser capital. ¿Lo sería Buenos Aires? Mitre parecía dispuesto a jugar todas sus cartas en ese sentido.² Pero en este tema tenía que reconocer que era combatido sordamente por los partidarios de Alsina. Subsistía en este grupo la preocupación por las rentas. Le resultaba imposible aceptar la idea de tener que compartir con trece provincias pobres, los recursos de una provincia rica; le resultaba difícil aceptar tener que hacerse cargo de las deudas de la Confederación, deudas que interesaban a muchísimos en las provincias como para que le fuese posible a un gobierno o a un Congreso poderlas repudiar totalmente. Con todo, el nacionalismo dirigido por Mitre era fuerte. Quedaba por saber si vencería en el intento de segregarle a la Provincia una parte de su territorio para con él constituir el Distrito Federal.

El Senado de la Provincia, mediante otro decreto lo autorizó a dirigir las relaciones exteriores de la República, cuestión fundamental que no podía esperar la elección de las autoridades constitucionales: “el general Mitre nos había manifestado —informó Ch. Lefébre de Bécour— la intención de no emplear este poder sino para los negocios corrientes derivados principalmente de las atribuciones consulares”. En realidad urgía entregarle a Mitre el manejo de las relaciones exteriores, pues la situación internacional se presentaba en forma poco tranquilizadora, como lo subrayó *El Nacional* (20 de marzo) cuando aludió a la anexión de Santo Domingo, a la cuestión mexicana y al ultimatum dirigido al gobierno oriental. El vencedor de Pavón ostentando ahora el título de Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Encargado del Poder Ejecutivo Nacional, procedía con prudencia y acierto. Día a día consolidaba más su posición sobre todo en Buenos Aires. El comercio interior aniquilado por la contienda civil, recuperaba lentamente su normalidad, “el único capital que les queda —decía una petición del comercio— consiste en créditos contra el caduco gobierno de Paraná; créditos que no solamente no se prestan al desarrollo del comercio, ayudando a la recuperación de valiosos intereses sacrificados, sino que es un capital completamente inútil,

pues no tiene valor efectivo, aun para garantías de deudas". Y concluía afirmando que el arreglo de la deuda flotante de la Nación, "prescindiendo de la conveniencia política como el afianzamiento de la organización nacional, es para el gobierno de Buenos Aires, una cuestión de vida o muerte". En el interior la pacificación se generalizaba. En la provincia de Buenos Aires, la disposición de sus habitantes parecía inclinarse hacia la desilusión y a la apatía más que a la fermentación de las pasiones políticas.

En abril se conocieron los resultados de las elecciones provinciales. La "ausencia de programas y de debates" no permitían apreciar con qué espíritu se habían efectuado tales elecciones.

El 25, luego de concurrir al tradicional *Te Deum*, Mitre se dirigió al Congreso donde pronunció un discurso con el que inauguró sus sesiones.³

Sin embargo, los observadores extranjeros aun dudaban que la Argentina se encaminase resueltamente por el sendero de la paz interna y del progreso.

Pero si la provincia de Buenos Aires caía de las manos de Mitre y quedaba en poder de Alsina, todo volvía a fojas cero, pues éste sólo admitía la integridad nacional si se le daba autorización para reorganizar a la República.

La situación política se hizo más tensa en septiembre. La Legislatura provincial había rechazado la solución propuesta para la Capital con lo cual quedaba inseguro el porvenir nacional y por supuesto la organización de la República. Parecía que aun la elección de Presidente quedaba postergada para el año próximo. El "abatimiento y la inquietud" era general al mismo tiempo que el Congreso quedaba desairado es vísperas del cierre de sus sesiones. A todo lo cual se añadió la renuncia del Dr. Costa a la cartera del Interior y Relaciones Exteriores y del Dr. de la Riestra a la de Hacienda. La crisis era una faceta más del antagonismo político. Los partidos suspendieron sus ataques a la espera de la decisión presidencial. Mitre, "con la calma y reserva que le es genial, hizo al fin oír su voz autorizada", y aprobó la conducta de su ministro de Gobierno, defensor del partido de la federa-

lización; empero habían circulado rumores según los cuales el vencedor de Pavón renunciaría al cargo de presidente de la República en el caso que se llevase la Capital fuera de Buenos Aires. Y esto introdujo el desaliento en el grupo que se creyó vencedor. Fue entonces cuando se reunieron los jefes de las distintas facciones y acordaron las bases de un arreglo sobre el proyecto de federalización del Municipio de Buenos Aires. Aparentemente la crisis se había conjurado. En síntesis, existía la impresión de que el partido estaba dividido y que Mitre había perdido algo de su prestigio. Comenzaba a surgir, como consecuencia de todo ello, la idea del separatismo. Mitre, frente a ese cúmulo de dificultades, contempORIZABA evitando pronunciarse en forma clara, actitud que, era criticada por los que desconocían o querían desconocer las dificultades que debía superar diariamente. Buscaba, con ahinco, la unión y la pacificación. Definirse abiertamente habría equivalido a resucitar el pavoroso fantasma de las luchas encarnizadas y aún de la guerra civil con la secesión. Supo explotar hábilmente la lasitud de los espíritus y el sentimiento de humillación de quienes se sentían decepcionados por el voto de la Legislatura. Pero debió avanzar con suma cautela y mucho tacto, tanto más que él debía dejar el cargo de gobernador de la Provincia y naturalmente era una vacante que podía acarrear en tal caso en el futuro nuevas complicaciones. Resuelta la cuestión capital invitó al Congreso a postergar su clausura y efectuar el escrutinio de la elección presidencial. Electo el 5 de octubre, prestó juramento el 12. Esta solemne ceremonia fue realizada con el discurso de V. Alsina que trazó en tono grave una pintura bastante sombría de la situación del país. Mitre, en cambio, destacó los motivos que permitían concebir esperanzas y los elementos apropiados para obtener éxito en su difícil gestión. No dejó de insertar palabras apropiadas en pro de la conciliación que, a juicio de alguna delegación extranjera, debieron ser más acentuadas. Pero hay que convenir que fue Mitre quien se refirió más concretamente al tema pues éste —en el discurso de Alsina— aparece escasamente. Al término de la ceremonia Léfèbre de Bécour, decano del cuerpo diplo-

mático, pronunció un breve discurso de felicitación. “El General Mitre pareció satisfecho y contestó en términos muy apropiados, diciendo que uno de los elementos de su poder sería la simpatía de todas las naciones civilizadas, que él se esforzaría en merecer y sobre la cual contaba”. Mucho más ilustrativa es la información del cónsul general de Francia, quien, con fecha 25 de octubre, relata al ministro Thouvenel la visita que el cuerpo consular hizo al nuevo presidente de la Nación. Fue entonces cuando el general, en respuesta al discurso pronunciado por el decano del cuerpo, señor Pereira Pinto, tomó la palabra improvisando una breve disertación que dirigió al señor cónsul del Brasil, con excepción de un párrafo —el relativo a la importancia de la inmigración y de la inversión de capitales— que fue pronunciado mirando deliberadamente al cónsul de Francia. He aquí la opinión del cónsul sobre Mitre:

El general Mitre, a pesar de la frialdad que no lo abandona nunca, no pudo disimular su emoción, y su voz, cuando nos contestó, revelaba que la alocución del Cuerpo Consular le había llegado al corazón.

No creo equivocarme al afirmar a V.E. que el general Mitre tiene planes serios, que medita desde hace mucho tiempo sobre la emigración respecto de la cual comprende la urgente necesidad. Profesando poca estima hacia la generación que él debe dirigir, cree que el porvenir de su país desea en forma absoluta la invasión de razas trabajadoras para poder extirpar la pereza y el instinto de insurrección de la raza nómada asentada en la campaña y su mayor deseo sería atraer dicha invasión, dirigiendo sobre la República Argentina la corriente emigratoria que en medio siglo había hecho tan poderosos a los Estados Unidos.

Por otra parte, el general Mitre ve a Francia en su verdadera faz, es decir con su triple corona de ciencia, de fuerza y de entusiasmo. Es de Francia que él desearía traer numerosas colonias de soldados trabajadores para cubrir la inmensa frontera de... contra los Indios... Piensa crear en favor de los emigrantes ventajosas y garantías que los atraigan y les aseguren el porvenir.

Horas antes de la jura y asunción del mando había experimentado, sin ninguna duda, serias preocupaciones por la actitud de la Legislatura provincial. Había renunciado al car-

go de gobernador y la Cámara debía pronunciarse sobre su sucesor. Deseaba, conforme al precedente de 1859 y de acuerdo al verdadero espíritu de la Constitución provincial, que el presidente del Senado —electo por los votos del mitrismo poco antes— fuese reconocido como gobernador provisorio para los pocos meses que aún faltaban para terminar el período. Pero se decidió efectuar una elección y sólo trabajosamente la minoría obtuvo que aquélla no se hiciera sino el día 14. Todo lo cual hacía pensar que un sentimiento de incertidumbre y debilidad iba a reinar en adelante. Ese sentimiento según Lefèbre de Bécour surgió en una conversación “entre uno de los miembros más activos y más inteligentes del Congreso y del partido del general Mitre, el joven señor Rufino Elizalde y el señor del Carril. Yo destacué la exigüidad y lo poco apropiado del local del Congreso, donde —por ejemplo— la tribuna parlamentaria es ridículamente insuficiente y del más difícil acceso. Nosotros tenemos —dijo entonces el señor Elizalde— un plano o un emplazamiento magnífico para el palacio del Congreso, una residencia para el jefe del Estado y para varios ministerios nacionales; pero el provisoriato que ha triunfado nos ata las manos, aunque según mi opinión —agregó— se debería comenzar audazmente”. “Pero esta audacia no es posible si no existe un perfecto acuerdo entre el Presidente y el gobierno de Buenos Aires”.⁴

El Congreso cerró sus sesiones después de reconocer, tras una discusión borrascosa, como deuda nacional el empréstito “ficticio” de octubre de 1860 por el cual el gobierno de la Confederación había consolidado y convertido en renta amortizable el crédito de Buschenthal.

EL AÑO 1863 SEÑALÓ UN CAMBIO de frente por parte del ministro de Finanzas que luego de haber pintado un cuadro sombrío, declaró que la situación era satisfactoria y designó una comisión para examinar los títulos de la deuda dejada por la Confederación. Se daba así un paso importante en el arreglo del problema financiero. Pero el interior continuaba siendo fuente de preocupaciones para las autoridades. Aparecieron, en efecto, nuevos síntomas de malestar en Santa Fe

y en Entre Ríos, en parte producidos por la miseria reinante. Por fortuna, los numerosos elementos de oposición carecían de centro, de bandera, y lo que era más importante, de jefe que los acaudillara. En Buenos Aires mismo creció la agitación popular con motivo de las próximas elecciones. A todo lo cual se sumó el alza del oro y la consiguiente depreciación del papel moneda. Sin contar que la crisis aún no había desaparecido.

Luego las elecciones bonaerenses del 29 de marzo dejaron una secuela de resentimientos y de indignación, y, el Chacho entró en escena en la lejana provincia de La Rioja, produciendo nuevos levantamientos. En tales circunstancias, tuvo lugar la inesperada y sigilosa partida del general Venancio Flores que cruzó el Río de la Plata para iniciar el alzamiento de los "colorados" en la vecina república oriental. Se sospechó entonces, injustamente, de Mitre, a quien se le quiso responsabilizar de la clandestina partida del jefe uruguayo. Pero ya está suficientemente aclarado que el presidente nada tuvo que ver con tal empresa y se sabe, en cambio, que en el Ministerio existían altos funcionarios que, secretamente, auspiciaban los planes del general Flores. Gelly y Obes por ejemplo. A este nombre podemos agregar otro, el de Mariano Varela, hermano de Héctor y que además de ser jefe de redacción de *La Tribuna*, desempeñaba a la sazón las funciones de subsecretario en el Ministerio del Interior. Aprovechando la circunstancia de estar a cargo interinamente del Ministerio por hallarse ausente el titular de la cartera, habría favorecido el embarque de Flores. Así lo señalan los informes recogidos por Lefèbre de Bécour.⁵

Mitre luego de inaugurar en Rosario los trabajos para la construcción del ferrocarril que uniría dicha ciudad con la de Córdoba, regresó para leer su mensaje en la sesión del nuevo Congreso (5 de mayo).

En cuanto a las potencias europeas (Inglaterra y Francia) acreditadas cerca del Gobierno de la Confederación, éstas tenían pendientes con las autoridades argentinas varias cuestiones, ninguna de las cuales era grave pero que podían dar lugar a enojosas discusiones.

Una de ellas consistía en la cuestión de la nacionalidad de los hijos de extranjeros nacidos en territorio argentino. El problema había sido discutido recientemente a raíz del tratado celebrado por Juan Bautista Alberdi con el gobierno de España. Lefèbre de Bécour,⁶ trató el tema en una carta dirigida a V. Roque, en Córdoba, a quien aprobó el consejo que había dado a los franceses de no empuñar las armas sino como último recurso y para defender sus personas, familias y propiedades sin pronunciarse para nada con relación a los bandos políticos que se disputaban el poder en la provincia. En cuanto al servicio de la Guardia Nacional que se les quería exigir a algunos hijos de franceses nacidos en la Confederación, recordaba que tal servicio degeneraría bien pronto como lo probaban —dijo— los abundantes antecedentes recogidos en toda la América hispánica, en servicio de tropas regulares. En consecuencia, sugirió a los que se encontrasen intimados de prestar dicho servicio, que luego de declarar oficialmente a las autoridades locales que optaban por la nacionalidad del padre, se dirigiesen por escrito a él en el mismo sentido.

Los ingleses habían comenzado su penetración comercial en el interior por medio de sucursales de las casas instaladas en Buenos Aires. Es decir que iban a los mismos centros importantes en busca de mayor número de consumidores. Estaban respaldados por la calidad de sus productos y por la abundancia de capitales.

Los franceses, en cambio, no contaban con tal abundancia de capitales, pero, en cambio, poseían diseminados en distintas provincias, un número mayor de compatriotas. Eran en efecto más numerosos que los ingleses y se habían mezclado con los pobladores de las zonas elegidas para radicarse. (La proporción de ingleses y franceses era de 5 a 100). Tenían por lo tanto, más influencia y podían convertirse en excelentes propagandistas de los artículos exportados por su país de origen.

Sin embargo, la ventaja era inglesa, pues eran más emprendedores. Con todo había que reconocer que, en el momento en que Mitre asumió el mando, la miseria reinaba en

el interior y, en particular, en las provincias de Santa Fe, Córdoba, Tucumán, San Luis y Mendoza. En consecuencia, la penetración comercial anglo-francesa, no era, por el momento, nada fácil.⁷

Por otra parte estaban pendientes las indemnizaciones por perjuicios sufridos por súbditos ingleses y franceses, principalmente, a raíz de las últimas guerras civiles y sobre todo por la campaña de 1859, pues en cuanto a la campaña de Pavón, Mitre había disciplinado fuertemente a sus tropas y éstas no cometieron ningún atropello. El ganado exigido por el ejército o se había pagado o lo iba a ser a corto plazo. El saqueo y el pillaje estuvo a cargo de las derrotadas tropas de la Confederación que al retirarse del campo de batalla, en dispersión, se transformaron en algunos casos, en verdaderos bandoleros. Thornton, en este como en otros aspectos, trató de ganarle terreno a su colega.⁸ Los súbditos franceses tenían derecho al pago de una indemnización valuada en tres millones de pesos. Los ingleses a un millón seiscientos cincuenta mil pesos.

Ahora bien. Los cupones de indemnización entregados a los perjudicados, en virtud de las convenciones del 21 de agosto de 1858 y 18 de agosto de 1859 habían sido recibidos como se lo prometieron a Mitre, en pago de derechos aduaneros en las aduanas de la Confederación (Rosario) pero no había ocurrido lo mismo en la Aduana de la Provincia de Buenos Aires. Y como no existía aún un tesoro nacional, tales cupones no podían ser presentados en ninguna caja. En consecuencia, una de las primeras gestiones de Lefèbre y de Thornton tenía por finalidad obtener que los cupones vencidos el 30 de junio y el 31 de diciembre de 1861 y no pagados mediante su aceptación como derechos aduaneros, fuesen abonados por el tesoro nacional. Mitre se negó aduciendo que la aduana de Buenos Aires aún no estaba nacionalizada y que tampoco existía el tesoro nacional (junio de 1862). A lo cual se sumó finalmente el episodio del que fueron protagonistas cuatro marineros de la cañonera *Fulminante*, acusados de haber agredido a un teniente-alcalde en San Fernando y que fueron condenados a purgar su actitud con seis meses de cár-

cel y a realizar determinados trabajos, entre otros el de barrer, los domingos por la mañana, la plaza de Buenos Aires.

La cuestión mexicana

En febrero de 1862 los principales órganos periodísticos de Buenos Aires comenzaron a transcribir a sus lectores abundantes noticias, acerca de la intervención europea en México. Así por ejemplo, se reprodujo la alocución dirigida a los mexicanos por los representantes de las potencias intervencionistas.

El Nacional, con fecha 18 de marzo de 1862 insertó en sus páginas un artículo intitulado *Grave cuestión americana* en el cual se hacía eco de un folleto aparecido en Bruselas (*Méjico y la alianza hispano-anglo-francesa*). Con tal motivo vaticinaba que siguiendo la línea de conducta aplicada en México, iría la nueva Santa Alianza repartiendo tronos para los despojados en Europa y así, de México “se vendrá a Centro América, a Venezuela, a Nueva Granada, al Perú, a Chile y la Plata”. Luego se añadía: “Ultimamente dimos el alerta a los Estados Vecinos, con lo que, al mismo tiempo que en Méjico, se está obrando en la embocadura del Plata por la Inglaterra y la Francia exigiendo el pago al Estado Oriental de 4 millones de pesos y sus intereses... Ya es tiempo que la prensa americana de uno a otro extremo del Continente de Colón alze su voz con altura y enerjía contra la política de violencia, de anexión y de conquista... [las Republicas Americanas] deben, sin pérdida de momento prepararse a la defensa común por medio de una Convención al efecto...” En marzo también se dio a conocer el resumen de la sesión celebrada en París, por la Legislatura francesa, en la cual se trató la cuestión mexicana. Poco después se insertaba en el mismo periódico (*El Nacional*) la opinión vertida por el *New York Herald* sobre la alianza de Inglaterra con España y Francia.

En abril de 1862 se reproducía la proclama del presidente Benito Juárez dirigida a los mexicanos (18 de diciembre de 1861)⁹ con motivo de la ocupación de Veracruz por tropas

españolas. En esa oportunidad, el periodismo expresó el sentimiento popular cuando aseveró:

Como la preocupación más natural de todo buen americano en estos momentos, es la cuestión de Méjico, creemos que será leída con interés... Quiera Dios que los odios y divisiones internas que por tanto tiempo han despedazado a aquel país, cesen hoy ante el amago de la fuerza extranjera, cuya aparición en aquella República ha dejado, según todos los antecedentes, el carácter de un medio empleado para obtener la satisfacción de reclamos pendientes, para convertirse en un elemento de conquista y opresión extraña.

Si por desgracia, esto no acontece, y si las divisiones que hasta hoy han despedazado el seno de aquella infeliz República no cesan ante el amago de jente extranjera, es de temerse que para toda la América comience una nueva era de lucha exterior...

El 6 de abril el pueblo argentino pudo leer el artículo de *El Chalaco*, del Callao, dando cuenta de la circulación de un impreso titulado *La República peligra*, referente a la invasión de México.¹⁰ A ello le siguió un extenso artículo *Méjico y la alianza hispano-anglo-francesa*¹¹ en el que se pasó revista al espinoso y obscuro problema pero dejando sentado, desde el comienzo de la colaboración, que todo hacía presentir que el objetivo de la alianza no sería otro "que la creación por la fuerza de una monarquía en Méjico en beneficio de un descendiente de una familia soberana de Europa". El desconocido autor confesó entonces que hasta ese instante se habían negado "a dar fe a estos rumores" pero que ya no era posible silenciarlos pues parecían "tomar cierto carácter de realidad"; puntualizó también que las intenciones atribuidas a los tres gobiernos constituían "un atentado a los derechos de toda nación independiente, atentado que establecería un funesto precedente de alta gravedad para todos los Estados pequeños y particularmente para los de América" y que si no existiera en el pensamiento de los gobernantes aliados "El atentado que se presume van á cometer contra la soberanía del pueblo mejicano, ellos se habrían apresurado a rechazar con indignación la probabilidad de un proyecto semejante". Luego declaraba:

Las potencias aliadas a nuestro juicio no tienen que ver si Méjico estaría más tranquilo y sería más feliz bajo un gobierno monárquico y si el comercio y la emigración europea ganaría con ella; el pueblo mejicano solo, es quien tiene derecho de examinar estas cuestiones y su examen y decisión deben ser libres de toda presión extranjera. Si Méjico, usando de su libre albedrío, creyese deber aceptar la forma monárquica, lo veríamos con placer elegir, para fundar la monarquía, un príncipe belga o aliado de la familia real de Bélgica; encontraríamos en ello garantías positivas para la libertad y prosperidad de ese país y grandes ventajas para la Bélgica, pero la imposición por la fuerza de este príncipe al pueblo mejicano, o su elección bajo la presión de las armas extranjeras sería para la Bélgica y para la dinastía belga un falta que deploraríamos sinceramente.

La Bélgica ha adquirido en el extranjero, en las Repúblicas hispano-americanas sobre todo, una alta consideración y simpatías muy marcadas, de lo que le sería fácil sacar gran ventaja para su comercio y su industria ¿se puede creer razonablemente que el Rey Leopoldo tan hábil y previsor quiera comprometer los resultados adquiridos por treinta años de sabia política y hacer odioso a las naciones hispano-americanas el nombre belga que hoy estiman y honran?

El Imparcial, de Córdoba, continúa luego su examen y asegura que a su juicio los mexicanos tienen “bastante patriotismo para deponer sus resentimientos personales en presencia del peligro que los amenaza, y que unidos para la defensa común darán una severa lección a los que pretenden, con menosprecio del derecho de las naciones, que bastan diez o doce mil hombres para disponer de la suerte de un pueblo que cuenta más de siete millones de habitantes como si se tratase de dar un amo a un puñado de esclavos. Y será así, porque el pueblo mejicano no puede haber perdido el sentimiento de la dignidad y del honor. La ambición y las imprudencias de los partidos han podido dividirlo; pero hoy que está amenazado en su soberanía e independencia, todos sin distinción de partidos concurrirán a la defensa de la patria y probarán rechazando la invasión extranjera que son dignos de ser libres”.

Con tal motivo se recordó la costosa intervención anglo-francesa en el Río de la Plata donde “a pesar de la pureza de sus intenciones, a pesar del apoyo y alianza del partido

opuesto a Rosas, no supieron nunca obtener una sola ventaja" y tuvieron que resignarse a reconocer que había sido vencida y humillada. Esto daba la pauta de los extremos a que conducen las intervenciones. Y con ese antecedente *El Imparcial* no dudaba que el pueblo mexicano rechazaría enérgicamente al extranjero. "Que la Europa tenga cuidado y que los gobiernos reflexionen sobre las consecuencias que pueden tener para ellos mismos estos actos de violencia y de arbitrariedad" era su última recomendación.

El mismo periódico algunos días más tarde volvió a tratar el tema, lo cual viene a demostrar indirectamente el interés con que el público recibía las noticias de México. Comentando largamente la situación planteada y luego de confesar que "una mano fatal nos ciega para conducirnos por estraviados senderos" señaló la obra de Benito Juárez: "Méjico —dijo— trabajado por una prolongada descomposición física y moral, en el momento mismo en que parecía querer emerger de su pasado de borrascas, merced a los triunfos de un caudillo afortunado y liberal, Juárez", se encontró frente a la intervención extranjera. La lucha era "inmensamente desigual" razón por la cual, si era cierto que la vanguardia de la invasión había sido derrotada por los mexicanos, el gobierno debía aprovechar esa feliz circunstancia para abrir negociaciones con las potencias europeas. Eso sería lo prudente y lo aconsejable. Entretanto México entero incubaba un inmenso odio contra todos los extranjeros; los asesinatos se multiplicaban. Los españoles eran los que concentraban la mayor parte del odio. Y sin embargo, el contingente enviado por Napoleón III era el mayor, circunstancia tanto más digna de tenerse en cuenta si se considera que la suma adeudada al gobierno imperial era la menor. Esto indicaba en esa potencia miras especiales.

Naturalmente, el tono de los artículos molestaba a Lefèbre de Bécour, como lo revela el siguiente párrafo: "hablan con mucho humor de la expedición a México, del restablecimiento de la soberanía de España en Santo Domingo, del ultimatum presentado a Montevideo por Francia e Inglaterra, y propagan rumores al menos prematuros de otros armamen-

tos de España y aun del Reino de Italia, destinados al Plata”.

En mayo *El Nacional*¹² con el título de la *Monarquía en Méjico* insertó un extenso artículo en el cual dejaba sentado que

Quando la prensa de París y Londres comenzaba a arrojar el ridículo sobre el príncipe austríaco elegido por la nueva monarquía de Méjico, el cual estaba encerrado ya con un maestro del idioma castellano, parece que el Emperador francés toma a serio el proyecto.

Y, a continuación, destacó la actividad desplegada por el señor Chevalier “antiguo compañero de Tocqueville” que luego de asesorar acertadamente a Napoleón III sobre el tratado de comercio con Inglaterra había publicado una “larga memoria que tenemos a la vista, probando que en Méjico todos han deseado siempre, y desean hasta ahora un rey que los gobierne”. Para *El Nacional* la actitud del sabio economista y antiguo admirador de las instituciones de los Estados Unidos de América del Norte era una prueba de que había olvidado sus anteriores escritos. Pero si para Chevalier lo arriba afirmado era una verdad incontrovertible, en cambio no lo era para *El Nacional* que no perdió la oportunidad de señalar que el autor en cuestión había extractado incorrectamente obras de Alamán, trayendo a colación sólo aquellos hechos que confirmaban sus puntos de vista “como si para probar que en Buenos Aires deseábamos también un monarca se nos arguyera que en los primeros años de la revolución llevábamos la bandera española, o que en el Congreso de Tucumán se había tratado de poner la corona de América en alguna coya de Bolivia”. Luego, el articulista, disparando su último dardo, añadió:

Pero le es preciso al Sr. Chevalier llegar a la monarquía de Iturbide en Méjico, y tiene que confesar que cuando quiso recuperar el Trono que había perdido, no encontró un hombre que lo ayudara en su loca empresa: fue fácilmente tomado y fusilado en el acto. El atribuye la suerte triste del primer monarca Méjicano a haber sido antes uno de los más crueles generales al ser-

vicio de la España, que por largos años se había cubierto de sangre de sus paisanos. Pero dice que su hijo, nacido en 1823, el príncipe Félix Iturbide goza actualmente de la más grande opinión en aquella república, y lo propone así indirectamente para el trono que trata de establecer, forma que ha usado siempre Napoleón cuando quiere tentar la opinión. El *príncipe Félix* es un pobrísimo hombre que nadie conoce en Méjico, y se habrá asombrado más que todo al verse tratar de *príncipe* por el íntimo confidente del soberano que ha llevado a aquel país un ejército y una poderosa escuadra. Parece pues que se ha hecho nueva elección de soberano para Méjico, y que hoy el candidato por el gobierno francés es el príncipe *Félix Iturbide* ¡Rissum teneatis! 13

Entretanto el periodismo argentino insertaba en sus hojas una copiosa información en su mayor parte de procedencia europea, sobre los apasionantes sucesos mexicanos: los preliminares de Soledad, la nota circular de William Seward, la marcha del cuerpo expedicionario francés, la partida del general Prim y el envío de refuerzos europeos, todo en una palabra está debidamente registrado en sus páginas.

El 7 de junio, procedente de Veracruz (datado el 18 de marzo) se insertó un lacónico despacho que hacía saber se estaban adoptando medidas para la marcha del general Lorencez hacia el interior de México. Luego, el 12, transcribiendo noticias aparecidas en el *Diario de la Marina*, de La Habana (6 de abril), se difundió la nueva según la cual parecía que españoles e ingleses se retirarían de México, en tanto que las tropas de Napoleón III proseguirían su avance sobre la capital. Un día más tarde, el 13 de junio, las noticias eran contradictorias aunque, en definitiva parecía que españoles y franceses habrían decidido marchar sobre Puebla, elegida como punto de concentración. El 15 se daba cuenta de un artículo de Chevalier aparecido en la conocida, prestigiosa y difundida *Revue des Deux Mondes*. Luego, el 8 de mayo se informaba sobre la concentración de tropas imperiales y el 23 ya era pública la evacuación de México por las tropas inglesas y españolas. Lo cierto es que, a medida que el proceso intervencionista se agudizaba la tarea era cada vez más ardua. La *cuestión de México* constituía el gran problema del día. Pero resultaba increíble el silencio oficial guardado

por las tres potencias intervencionistas y no deja de llamar la atención la alarma que cundía en la opinión pública de Inglaterra y Francia al conocerse la posibilidad de establecer una monarquía en el territorio mexicano. En "el fondo nada creemos que haya a este respecto en la opinión de los gabinetes de los aliados", decía *El Nacional* del 2 de julio y "que se hallan perfectamente resueltos a observar los compromisos contraídos en dicho convenio". Empero, el observador que desde *El Nacional* examinaba el panorama americano, no dejaba de señalar que algunos mexicanos intentaban "para sus fines particulares" proclamar la monarquía, para lo cual no sería nada extraño que en algunos Estados de la citada República, fuese por la "inmensa influencia del clero, o bien por algunos jefes deseosos de realizar aspiraciones personales o encubrir dilapidaciones", se enarbolara el pabellón de la monarquía. El mismo periódico puntualizó, sin embargo, que la "inmensa mayoría" rechazaba la idea monárquica y continuaba adicta a los principios del sistema republicano. En consecuencia, resultaba claro que, los monárquicos, sin la cooperación de las armas de los aliados, no conseguirían triunfar. Pero la liberal Inglaterra y la combativa democracia francesa ¿permitirían derramar la sangre de sus hijos y los caudales de sus arcas para aherrojar a un pueblo amigo y libre? *El Nacional* fue más lejos y recordó que si Luis Felipe, después de quince años de sangrienta lucha, había dominado a Argelia, para dominar a América la lucha sería interminable, no "solo por la distancia sino por lo arraigado que se halla el sistema republicano que han proclamado y que sostendrán hasta el último de sus hijos, haciendo la guerra de recursos". Comprendía y aceptaba que los aliados exigiesen por la fuerza a México la reparación de los agravios producidos por la anarquía y que la diplomacia había reclamado en vano. Pero de allí a "una ocupación permanente o conquista del territorio, o establecimiento forzoso del sistema monárquico" existía una enorme distancia la misma que "media entre la arbitrariedad y la justicia, entre el derecho internacional y el derecho de la fuerza".

Luego de este análisis el comentarista concluía diciendo que no era de creer que existiese cláusula alguna en contra de las declaraciones oficiales hechas por los gobiernos aliados.¹⁴

Entretanto *El Nacional* transcribía informaciones procedentes de *La Patrie*, *Le Pays*, *Le Moniteur*, *Times*, *Evening Star* y *La Presse*. Poco después se publicó una copia del *Proyecto de tratado acordado en Washington por los Plenipotenciarios de varias Repúblicas Americanas*, enviada por Manuel R. García al general Mitre.¹⁵ La nueva oportunidad no fue desperdiciada. Se recordaron, en efecto, los antecedentes o tentativas para unir o confederar al Continente. A este respecto se dijo:

Quédanles, por otra parte, la gloria al Perú y Chile cuyos gobiernos no han cesado de concitar a los demás a formar una liga entre las repúblicas hispano-americanas que asegurase su forma de gobierno, que garantice sus nacionalidades y diese origen al establecimiento de un derecho internacional americano.

El temor había continuado existiendo cuando de pronto la

nueva *Santa Alianza* formada para llevar la guerra a México amenazando arrebatarle su independencia y cambiar en monárquica su forma de gobierno, ha despertado al fin de su letargo a las secciones americanas. Antes de eso, la anexión de Santo Domingo a la España, promovida por sus agentes que, a la vez, tiene repartidos en todas las demás Repúblicas con el objeto de hacer la propaganda de las ideas monárquicas, había puesto en alarma a los gobiernos americanos y con especialidad a los del Perú y Chile, que renovaron sus instancias para una liga americana.

Según *El Nacional*, la desgraciada circunstancia de verse víctima de una guerra civil, impidió al "Coloso del Norte", a los Estados Unidos "contener la invasión a Méjico". Pero fue allí "en esta tierra clásica de la libertad y la democracia, donde estos sentimientos del republicanismo puro están encarnados en todos los corazones", donde varios plenipotenciarios de América, sintieron la necesidad de defender las nacionalidades del Nuevo Mundo contra los avances del Viejo

Continente. Y allí estaba probándolo el *Proyecto del Tratado Continental*. Es óbice declarar que, a juicio del periódico citado, había que apresurarse a adoptarlo. Con él “no reconocerán los Estados de América, ninguna separación, ninguna división o fraccionamiento que se hagan en cualquiera de ellos sobre el territorio que al tiempo de ratificar el tratado, comprendiesen”.¹⁶

Entretanto en la lejana provincia de San Juan, gobernada a la sazón por Domingo Faustino Sarmiento, el ilustre sanjuanino, en el mensaje que dirigió a la Cámara Legislativa (22 de junio) no dejó de intercalar un extenso párrafo sobre el comentado e inquietante intervencionismo europeo. Para él la reconquista de Santo Domingo y la invasión de México no se presentaban como “hechos aislados, sino como el comienzo de una reconstrucción política de la América española”. Por eso, al terminar la consideración del tema, juzgó necesario expresar:

¿Arriesgaríamos nosotros, por transitorias ventajas al reorganizarnos, dividiéndonos de nuevo, dejar en problema (soluble solo por la segregación ó por nuevas batallas) el porvenir de la República? La primera de éstas hipótesis entregaría a la bandera izada en mayo al primer buque extranjero que mandara arrearla: la segunda nos sumiría en la descomposición social, por agotamiento de fuerza”.¹⁷

De pronto, en julio, se difundió en Buenos Aires la primera noticia del revés experimentado por el general Lorencez en el cerro de Guadalupe, o mejor dicho, en Puebla. En efecto *El Nacional* con el título de *Importante de Méjico* transcribió informaciones suministradas por la prensa norteamericana sobre el reñido encuentro.¹⁸

Pero la cuestión mexicana interesó a casi toda la prensa importante. Es el caso de *La Tribuna*,¹⁹ diario caracterizado por su visible animadversión hacia el imperio francés. La importancia del tema y, en particular, la circunstancia de amoldarse el mismo a las líneas generales de la orientación trazada por su fundador y propietario, hicieron que diese ca-

bida a numerosas informaciones relativas al debatido asunto. En el número del 19 de julio informó a sus lectores sobre el combate de Puebla y el revés experimentado por las legiones imperiales al atacar las fortificaciones mexicanas. Señaló luego la retirada del general Lorencez y la derrota inflingida al general Márquez por las tropas mandadas por Carbajal y Cuéllar.²⁰ En esa oportunidad expresó:

Es consolador para los pueblos americanos el ver esta resistencia hecha por uno de ellos á las ambiciones de las grandes potencias de la tierra. Méjico puede caer; pero caerá con gloria, defendiendo palmo a palmo su soberanía e independencia.

Un día más tarde, el 20 de julio, publicaba una carta de Emilio Castelar dirigida al director Héctor F. Varela, fechada en Madrid el 3 de junio de 1862, colaboración de un prestigioso escritor europeo que contribuía a realzar la importancia del periódico.

La extensa misiva comenzaba diciendo: "Siempre dije a Vd. que esa malhadada intervención de Méjico estaba preñada de tormentas".

El autor proclamaba la necesidad de que los españoles debían "tener una segunda patria en América" y que por dicha razón todo cuanto contribuya a arraigar el sentimiento de independencia en el pueblo americano debía ser procurado y fomentado por España. "Por eso me opuse —decía— tan rigurosamente a la expedición de Méjico. En mi sentir iba a acabar con la obra pacífica de nuestra justa influencia en América que ahora verdaderamente comienza". Castelar no fue partidario de unirse a la intervención con otras potencias y los hechos demostraron que no estaba errado. Consideraba tan traidores a los que acompañaron al rey José en 1808, como a Almonte y los suyos "negra banda de cuervos . . . reaccionarios mejicanos". Y entendía que, entonces, Juárez como presidente de la República, "en uso de un derecho que nadie podría con justicia negarle, mandó que dondequiera que fuesen habidos, sufrieran los culpados el merecido

castigo". Juzgaba imprudente la conducta del gobierno de Madrid y elogió la actuación del general Prim que, al retirarse de México, adoptó la mejor determinación que había podido tomarse.²¹

El 2 de agosto *La Tribuna* insertó la noticia del éxito obtenido por las armas mexicanas el día 5 de mayo en el punto fortificado de Guadalupe y lo acompañó por el siguiente comentario:

El parte que del hecho de armas da el general mexicano Zaragoza es digno de un valiente y de un hombre de corazón: no hay en él nada de fanfarronería ni de huecas palabras; y al hacer justicia a sus soldados, habla como se debe, de sus bravos adversarios.²²

Comentó favorablemente y destacó la medida adoptada por el gobierno mexicano devolviendo a los heridos franceses las cruces y medallas que se hallaron en sus mochilas. Proporcionó, asimismo, abundante información sobre el proceso intervencionista, comentó los artículos insertos en los diarios europeos y rectificó cada vez que lo creyó necesario o conveniente las apreciaciones erróneas vertidas por éstos. Así por ejemplo, corrigió a quienes creyeron o afirmaron que los mexicanos recibirían como libertadores a los expedicionarios; muy por el contrario, los imperiales se habían visto jaqueados por una población enardecida y dispuesta a morir en defensa de su libertad e independencia. Censuró a los que sostenían que México era un país bárbaro; los hechos de Puebla y otros episodios dramáticos demostraban en forma fehaciente el respeto con que los mexicanos trataron a los prisioneros y heridos.

El 18 y 19 de agosto, *La Tribuna* volvió a publicar una nueva y muy extensa carta de Emilio Castelar (fechada en Madrid el 20 de junio de 1862) dirigida a Héctor F. Varela, José C. Bustamante (director de *El Comercio del Plata*, de Montevideo) y a Fernando Calós (abogado y publicista de Lima). Reconocía el famoso orador y fecundo escritor que sus

ideas “radicales en política” lo alejaban del poder y le cerraban las puertas del Parlamento hispano “donde a duras penas ha logrado penetrar un demócrata por mil títulos ilustres”; recordaba, asimismo, que, así como era corriente en el Nuevo Mundo maldecir y renegar de España, era frecuente en ésta última menospreciar a los latino-americanos por sus continuas luchas y disturbios; se refería luego a Europa y a su justa influencia en América donde “en vez de contener este gran movimiento de unión entre el Viejo y el Nuevo Mundo ha debido impulsarlo con sabias medidas... Fácil, muy fácil le era cumplir este cometido. Debía proponerse asegurar la libertad de las repúblicas en su interior, y en lo exterior su independencia. Para esto se necesitaban, no tanto medios materiales como morales; no cañonazos, ideas; no ejércitos de guerreros, ejércitos de trabajadores. Pero la malhadada expedición a Méjico que yo combatí tenazmente... ha venido nuevamente a levantar aprensiones en el corazón y fantasmas en la inteligencia de los pueblos de la joven América”.

El ilustre escritor, indignado por los hechos acaecidos en México, censuró sin reservas la orientación seguida por la política europea: “Esa expedición —dijo— interviniendo en asuntos privativos de la República, ha sido una amenaza a la independencia de América; esa expedición evocando la sombra de la monarquía ha sido una amenaza a su libertad... Ha retrasado cincuenta años nuestra unión pacífica con América”.

No dejó de reconocer que toda la culpa no era de Europa. habían vivido “pasando de la anarquía a la dictadura y de la dictadura a la anarquía como un enfermo que pasa del frío glacial a la fiebre ardentísima”, tenían también su responsabilidad en los celos del Viejo Mundo. Es que, como dijo Castelar, “No basta con tener República; es necesario que la República de seguridad y libertad. Lo que necesita América —añadió— es dar pruebas de que los derechos individuales en sus códigos escritos no serán violados ni por los gobiernos ni por los partidos. La garantía principal de todo esto se halla en un gobierno libre que respete las garantías indivi-

duales que tenga fuerza para obligar también a los partidos a respetarlos. Las sociedades por un instinto salvador cuando se ven desgraciadamente por el amargo trance de optar entre la anarquía y el despotismo, optan siempre por el despotismo”.

Castelar estableció luego un paralelismo entre lo sucedido en América y lo ocurrido en España. Si América cayó en manos de dictadores militares, España también conoció la dureza de regímenes idénticos:

Si sabéis vencer el despotismo y no habéis sabido aprovecharos de la victoria, lo mismo nos ha sucedido a nosotros.

Y entonces concluyó preguntándose si no podrían reunirse todas las repúblicas hispanoamericanas y española en una gran confederación que las fortaleciese a todas. Ese ideal sólo sería posible —explica Castelar— “el día que España tenga un gobierno digno de un pueblo grande, de un pueblo libre, pues entonces y sólo entonces trabajará en favor de la Confederación con todas sus fuerzas”. Pero ese ideal, luego de producida la invasión de México, resultaba poco menos que inaccesible. Y lo peor era que si se trataba de entronizar la monarquía no había que olvidar que ella vivía de recuerdos, de tradiciones y que, por lo tanto, no podría subsistir cuando se tiene en su haber desgracias y vergüenzas. ¿Qué sería, pues, la monarquía en México aunque fuese eterna? Una eterna vergüenza para los vencidos y para los vencedores un eterno remordimiento.

La Tribuna que se esforzaba en darle a sus lectores una información rica y apasionada sobre el tema, nutría sus páginas con la correspondencia enviada desde París por Héctor F. Varela.

Los comentarios cáusticos de éste desmenuzaban la acción de las cancillerías europeas en México: “Yo pregunto —escribió en el nº 2.777 de *La Tribuna*— al hombre menos imparcial, al que más haya podido simpatizar con la expedición de Méjico, me diga, si después de oír ese discurso pronunciado por un diputado francés [se refiere a Jules Favre], hay

una palabra, una sola que decir en abono o en justificación, de lo que ayer, hoy y mañana será considerado como un gran atentado, como un abuso incalificable del poder y de la fuerza". Pero en ese discurso de Favre había una frase que siendo inexacta le proporcionó la oportunidad para destacar la razón de muchos juicios erróneos de Europa respecto de América. La frase de Favre es la siguiente: "No es solo Méjico el Estado que tiene el privilegio de semejante desgracia; id a Bolivia, a la República Argentina, y encontraréis allí hechos análogos a los ocurridos en Méjico". A lo que Varela contestó —después de hacer el elogio de Favre— diciendo: "El origen de esas palabras lo he señalado antes... es la ignorancia, la ignorancia completa en que viven los hombres públicos de Europa con respecto a todo cuanto pasa en América, a la vida política y social de sus repúblicas, a los antecedentes históricos de cada una y hasta de las nociones más triviales de geografía americana".

Para completar el cuadro de la prensa porteña nos faltaría agregar la voz de *La Nación Argentina* que comenzó a aparecer en septiembre de 1862. Dirigida por José María Gutiérrez "maestro de periodistas en una familia de excepcionales escritores" —tenía a la sazón treinta y un años de edad— hizo del diario "un puesto de combate".

"Órgano oficial", tampoco incurrió en las exacerbaciones ditirámicas habituales en tal índole de periódicos, regido por el sentido de la medida, que concedía con la tendencia al equilibrio del gobierno del cual era el vocero. Una sección hebdomadaria en francés daba cuenta al mundo del devenir del país; en la literaria, la versación crítica de Pedro Goyena codeábase con la inquietud múltiple de Santiago Estrada y el donaire anedóctico de Pastor S. Obligado. Diríase que todos los redactores eran jóvenes en ese diario del remozamiento espiritual derivado de la reorganización republicana, como también lo era el mandatario a cuyo pensamiento respondía y cuya acción apoyaba... el periódico de José María Gutiérrez, ...fue la manifestación operante del liberalismo trascendente, en lo interno y lo internacional, en el período en que se consolidó el régimen republicano.²³

Ante un ataque contenido en un artículo inserto en *El*

Nacional, advirtió que si contra la política de Luis Napoleón en la cuestión mexicana, publicaría “todo lo que se quiera”, en cambio, para “injuriar a la Francia” —declaró— “no tenemos espacio”. Y luego añadió:

Nadie mejor que un argentino debe saber que los pueblos no son responsables de los errores de sus gobernantes, y a los que piensan lo contrario les pedimos que oigan la voz de Víctor Hugo y de Edgar Quinet, fuera de la Francia, y la de Julio Fabre en sus mismos parlamentos, sobre la cuestión de Méjico, antes que decidir que Julio Fabre, Víctor Hugo y Edgar Quinet, *como pueblo francés* deben respondernos de la obra que ellos mismos combaten.²⁴

En una palabra, establecía un distingo y con razón —entre el pueblo francés y el gobierno imperial— hizo además cuestión de principios, haciéndose eco de las manifestaciones del gobierno nacional cuando éste declaró que no reconocía antagonismo entre los intereses europeos y los intereses americanos y que no tenía motivos para “creer que la tentativa contra Méjico” estuviese ligada “a un plan preconcebido contra las instituciones democráticas de la América”.

Los pueblos europeos —agregó *La Nación Argentina*— no son el soberano teocrático de Roma ni el Czar de Rusia ni el Emperador de Francia.

La Inglaterra separada por un paso solo de la República; la Francia del 92 y del 48 levantando en sus manos el depósito sagrado de los derechos del hombre; la Italia triunfante hoy contra el absolutismo; la España reaccionando contra la tradición de Felipe Segundo y trabajada por la idea republicana, nos prueba que la Europa como la América marcha al fin común de la humanidad, que es el cumplimiento de las grandes leyes sociales.

Los intereses de tal o cual gobernante pueden conducirlos a una injusticia ó a una violación; pero los intereses de un mandón no son los intereses de Europa; como el espíritu que guía a Napoleón III a enviar un ejército contra Méjico no son ciertamente los intereses de Francia.²⁵

Las autoridades nacionales y la intervención

En los primeros meses del año 1862 tuvo estado público

una comunicación firmada por el ministro de Relaciones Exteriores del Perú, Dr. José Julio Melgar, y fechada en Lima el 20 de noviembre de 1861. En ella el citado diplomático comenzaba destacando que las dificultades suscitadas entre México y varias potencias europeas, habían tomado, desgraciadamente, “el carácter de un serio conflicto bélico” y que la “triple alianza de los gabinetes de Londres, París y Madrid contra Méjico”, era ya “un hecho resuelto que pronto se pondrá en ejecución”. Pero si el Perú como el resto del Continente, carecía de mayores informaciones acerca del carácter y extensión de la mencionada alianza, en cambio la suerte de la república mexicana no podía dejar de inspirarle “un vivo y sincero interés”, tanto más justificado si se tiene en cuenta que el sentimiento de fraternidad americana tan intensa como dolorosamente herido por la anexión de Santo Domingo y las “perspectivas que presenta el Ecuador”, tenía pleno derecho a incubar un espíritu alarmante.

Sin embargo, para el Perú la circunstancia de “concurrir tres potencias europeas” las que más se habían “distinguido y ahora mismo se distinguen por una política recta y hasta protectora de las autonomías nacionales” constituía una garantía “hasta cierto punto, de que México no sería presa de bastardas ambiciones, ni se le pondrá fuera de la ley que rige a las Naciones libres y soberanas”.

Por todo ello creía llegado el caso de que los Estados Americanos adoptasen

una política, que signifique para la Europa la unión moral de la América independiente, pues aunque hay solidaridad de opiniones... pudiera llegar el caso en que se viese amenazada la independencia de las Naciones libres de América.

El ministro peruano cerraba su nota dando cuenta que su gobierno había impartido instrucciones a sus representantes ante las cortes de Saint James y las Tullerías para que expresasen ese pensamiento, y, por último, que acababa de nombrar una Legación en México destinada a dar a conocer “con regularidad los sucesos” que se desarrollaban en dicha república.

Con mucha satisfacción, vería el Perú —concluía la nota peruana— que el gobierno ilustrado de V. E. concordaba en la adopción de las medidas [enumeradas].

Recién el 14 de marzo de 1862, el ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Eduardo Costa, respondió en nombre del Gobernador encargado del Poder Ejecutivo. La tardanza fue debida a que Mitre esperó que las provincias le confirieran la representación del país en sus relaciones con los países extranjeros

El Gobierno argentino —dice la nota— no ha podido nunca persuadirse de que las grandes Naciones que están a la cabeza de la civilización... [se coaligaran] para violentar la voluntad del pueblo mejicano. No ha podido creer tampoco que la España fuera tan mal aconsejada que viniera a renovar la contienda que terminó con la Independencia de las Repúblicas que fueron sus antiguas colonias.

Expresó luego que no podía menos de “aplaudir el noble celo y laudable interés” acreditado por la Cancillería de Lima. “S. E. el Sr. Gobernador simpatiza ardientemente con el pensamiento generoso que ha inspirado la nota del Gobierno de V. E.”. Pero, por el carácter provisorio de la autoridad que ejercía, no le estaba permitido “formular una política exterior definida, para lo cual se necesitaría el concurso del Congreso”, el cual aún no estaba reunido. En consecuencia, se limitaba a dejar constancia que

el pueblo Argentino, cuyo órgano es en este momento, ligado a las Repúblicas americanas por la comunidad de tradiciones, de intereses e instituciones y de sangre acompaña a la Nación Mejicana en las dificultades en que se encuentra envuelta, con sus votos más sinceros, y con la esperanza de que, teniendo ella de su parte la razón y la justicia, que son la mejor salvaguardia del débil contra el fuerte, alcanzará a hacer respetar su independencia y su libertad.²⁶

El 25 de mayo de ese mismo año, al realizarse la solemne ceremonia de la instalación y apertura de sesiones del Congreso nacional, el Encargado del Poder Ejecutivo Nacional y

Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, general Bartolomé Mitre, dio cuenta en su discurso haber recibido la nota peruana invitando al país a prestar su adhesión a un Tratado Continental de Alianza. La nota —aclaró— había sido contestada diciendo que el contenido de la misma sería tenido en cuenta en el momento en que se estableciese definitivamente la autoridad nacional: “me impuse —dijo Mitre— el deber de no comprometer directa ni indirectamente la soberanía nacional”. Lo cual no le impidió, naturalmente, significarle al ministro plenipotenciario peruano portador de la nota, doctor Buenaventura Seoane, que “simpatizaba con la idea iniciada por la República del Perú, a que algunas Repúblicas americanas han adherido ya, así como los deberes oficiales que se ha impuesto su gobierno, en obsequio de la República mejicana por lo que respecta a obtener seguridades sobre la suerte futura de ese país, y sobre los respetos que todos los pueblos del mundo, cualquiera que sea su poder, deben al derecho de las demás”.²⁷ Una vez reorganizados los poderes nacionales y ya en posesión de la presidencia de la República, Mitre y su ministro Elizalde analizaron el Tratado Continental, pusieron sobre el tapete la realidad nacional, sus necesidades apremiantes y las informaciones recibidas desde Europa enviadas por Balcarce, y, en consecuencia, llegaron a la conclusión de que como no creían “en los temores que lo han generado [se refieren al Tratado Continental] y en los medios propuestos para evitarlos” debían negar la adhesión argentina (10 de noviembre de 1862). Entonces el ministro Elizalde dejó constancia en una comunicación que entregó a Seoane,²⁸ que

América independiente es una entidad política que no existe ni es posible constituir por conspiraciones diplomáticas. La América conteniendo naciones independientes, con necesidades y gobiernos propios, no puede nunca formar una sola entidad política. La naturaleza y los hechos la han dividido y los esfuerzos de la diplomacia son estériles para contrariar la existencia de esas nacionalidades...

Luego, refiriéndose a la acción europea y en virtud de lo

ya aseverado, subrayó la distinta orientación que había tenido en el Plata la acción ejercitada por los europeos. El gobierno argentino no reconocía antagonismo entre los intereses europeos y los americanos y no creía que la tentativa contra México estuviese ligada a un plan preconcebido contra las instituciones democráticas de América.

La acción de la Europa en la República Argentina ha sido siempre protectora y civilizadora, y si alguna vez hemos tenido desinteligencias con algunos gobiernos europeos, no siempre ha podido decirse que los abusos de los poderes irregulares que han surgido de nuestras revoluciones no hayan sido la causa. Ligados a la Europa por los vínculos de la sangre de millones de personas que se ligan con nuestras familias, cuyos hijos son nacionales, fomentándose la emigración de modo que cada vez se mezcle y confunda con la población del país, robusteciendo por ella nuestra nacionalidad; recibiendo de Europa los capitales que nuestra nacionalidad requiere...

Pero Elizalde no se dio por satisfecho con la nota. Así, al entregarla al ministro Seoane le solicitó transmitiese a su gobierno que, en la República Argentina, los extranjeros gozaban de más derechos que los ofrecidos por el Tratado Continental; que si la "independencia de cualquier Estado americano fuese amenazada contra las previsiones del Derecho Público, no tardaría en ponerse de acuerdo con los demás gobiernos para reivindicar sus derechos y garantizar su seguridad".

El representante del Perú "ruidosamente animado en su ardor propagandista" por el periodismo de la capital, no se dio por vencido y contestó con una extensa nota. La publicación de dicho documento "ha caldeado más y más a los espíritus y por un instante" se puso en duda si el ministro Elizalde conservaría su cartera. El ministro, en medio de la expectativa general, replicó a Seoane rindiendo un homenaje al americanismo pero manteniéndose siempre en el mismo terreno. Se manifestó defensor de la unidad continental sin exclusiones de ninguna nación con lo cual aludió evidentemente a la exclusión del Brasil y de los Estados Unidos de América del Norte. Sin embargo, en cuanto a México "fue

bastante explícito en manifestar sus simpatías por esta república hermana". Además de esto "significó... que si amagada seriamente aquella República, se viese en riesgo de que la fuerza de una nación poderosa realizase allí siniestros planes" que afectasen a todas las repúblicas del Continente, el Gobierno argentino asumiría la actitud que le corresponde en guarda de su seguridad y de los intereses comunes de las repúblicas americanas.²⁹ Seoane, naturalmente, volvió a tomar la pluma, agrandando los conceptos vertidos por el canciller y tratando de sacar aún algún provecho para su gestión.³⁰

En síntesis. El gobierno nacional había considerado, con razón, innecesario desde cierto punto de vista, y riesgoso desde otro, atarse las manos con un tratado como el que se le había ofrecido. En el Río de la Plata nada permitía asegurar que la política de las potencias era avasalladora y prepotente. Si el Uruguay acusaba un diferendo con Inglaterra y ésta se aprestaba a adoptar medidas de fuerza, lo cierto es que la sangre no llegó al río... Por otra parte para obtener el resurgimiento de la Nación era menester contar con el apoyo de los capitales de Inglaterra y Francia. Cualquier paso dado en el sentido de comprometerse con una alianza, hubiera desviado la inversión o el simple préstamo de capitales. Pero cuando el gobierno declaró que si la independencia de cualquier Estado se viese amenazada, se pondría de acuerdo con los demás gobiernos para reivindicar sus derechos y garantizar su seguridad, no formuló una promesa que no estaba dispuesta a cumplir. Lejos de ello. Lo probó meses más tarde, cuando iniciada la cuestión del Pacífico y envuelto el Perú en una situación que le habría de llevar a la guerra con España, la Argentina ofreció a Chile no solamente unirse sino aun, dejarle que en el Pacífico asumiera, en este instante, el papel más importante. Sin embargo Chile declinó el ofrecimiento.

La posición adoptada frente al Tratado Continental, fue la que correspondía. Por lo demás, Elizalde estuvo acertado cuando afirmó que los Estados independientes de España tenían entre sí más diferencias y cuestiones que con las Potencias del Nuevo Mundo.³¹ En una palabra, el gobierno había "dado prueba de poseer un verdadero sentido político". Lo

cual —dicho sea de paso— no le impidió insertar en el *Mensaje* dirigido al Congreso, algunas frases significativas. Así por ejemplo, aquellas que dice: “la República Argentina podrá hallarse a su turno en la necesidad de discutir con las grandes naciones, cuestiones de una gran importancia de las cuales depende en cierta manera la existencia futura de las Repúblicas americanas y respecto de las cuales no es posible que ellas transijan en ningún momento ni en ningún caso”. Con estos términos Mitre aludió, sin duda alguna, al espinoso problema de la nacionalidad de los hijos de extranjeros. El tema lo iba a plantear, con serenidad y altura, con España.

Todo esto, naturalmente, no impide reconocer que la opinión particular de Mitre ciudadano era distinta de aquella sostenida por Mitre gobernante. En una conversación con Lefèbre de Bécour, dejó descubrir, por ejemplo, “un despacho bastante vivo con relación a la expedición de México”.

Las autoridades nacionales, entretanto, habían ido recibiendo las comunicaciones oficiales del cuerpo diplomático acreditado en el exterior. El 24 de junio Balcarce desde París daba cuenta al general Mitre del “interesante parte del general Zaragoza informando a su gobierno del triunfo o ventaja obtenido sobre los franceses; y verá usted que los vencedores de Sebastopol y Magenta han sido rechazados con bastante pérdida por los mejicanos a quienes se les creía incapaces de ofrecer la menor resistencia”. Balcarce que advierte al gobierno de la próxima salida de refuerzos imperiales, y que juzga injusta la intervención, no deja empero de declarar que en ella había “un móvil noble y generoso, a más de político, por parte del Emperador”. En el fondo estaba desconcertado. Repudiaba la intervención; exaltaba el heroísmo mexicano, pero por otro lado temía —en el caso de fracasar el plan del Emperador— que aquel “desgraciado país oprimido y destrozado por sus propios hijos”, cayese “muy pronto en poder de los yankis”.³²

Algo más tarde, el mismo Balcarce remitía distintos periódicos con informaciones sobre la cuestión; balanceando las noticias llegaba a la conclusión de que luego de ocupar la capital, los imperiales procederían a convocar un Congreso

que elija "libremente" el gobierno que "mejor les convenga", aunque parecía que ya no se pensaba "en Monarquía" y que tratarían de establecer una dictadura o protectorado.³³

Luego, desde Jorquay (Inglaterra), el 8 de septiembre, puntualizó que libre de las preocupaciones que le causaba Italia, Napoleón III podría llevar adelante la intervención en México, donde descontaba que podía adueñarse de la capital "pues los mejicanos están muy divididos, carecen de recursos y detestan a los jefes del partido clerical, y a Juárez", pues "cada uno a su turno, han cometido toda clase de violencias y arruinado aquel tan hermoso como desdichado país". De paso acotó que parecía que el proyecto monárquico se iba disipando pues no hallaba simpatía en la población.³⁴

Finalizaba diciembre y Balcarce puso en conocimiento que mientras Prim había salvado a España de las complicaciones derivadas de su participación en la intervención, el ejército de Napoleón III veía levantarse a su frente una fuerza bien artillada capaz de hacer una heroica resistencia. "Entretanto —agregó Balcarce— el Gobierno mejicano extiende su influjo y defiende dignamente los derechos de aquella desgraciada república".³⁵ Al iniciarse el año siguiente, en marzo 24 para mejor exactitud, dio noticia del próximo sitio de Puebla y de la candidatura del archiduque Maximiliano:

...lo que indicaría que aún se lisonjean con la esperanza de establecer al príncipe Maximiliano, que, en mi opinión, sólo estando loco podría aceptar un trono apoyado en bayonetas extranjeras.

Entretanto, la autoridad del Presidente Juárez se ha robustecido mucho, mientras que sus opositores del partido conservador están consternados al ver la prolongada inmovilidad del ejército francés y el abandono que han hecho de Jalapa y Tampico... Por otra parte, la opinión pública en Francia es enteramente contraria a la intervención...³⁶

Algo más tarde las notas del ministro argentino reflejan poco a poco el sentimiento de admiración que provocaba la heroica resistencia de Puebla, resistencia que inquietaba y alarmaba a la opinión pública "decididamente hostil a esa impolítica e injusta empresa" que contaba en Francia con

“un número muy reducido de partidarios”.³⁷ Pero no tardó en tener que participar la triste nueva de haber sido vencida la porfiada resistencia mexicana: “Puebla —dijo— ha sucumbido gloriosamente”.³⁸ Reconoció —poco después— que las “simpatías de nuestros compatriotas y de los sudamericanos en general, en favor de los mexicanos” eran “muy justas” y que él participaba de dicho sentimiento, lo cual no le impedía pensar que el desgraciado México “víctima de sus guerras civiles, y de la pérfida ambición política de sus vecinos, que se han apoderado ya de una tercera parte de su territorio”, estaba condenado “a perder el resto que le queda, con su autonomía y nacionalidad”, si no se establecía allí un gobierno que ofreciese garantías y estabilidad.³⁹

Sin embargo, Balcarce no demostró estar definido en cuanto a la intervención. Reconoció que Maximiliano tendría que luchar siempre con la mala voluntad de sus vecinos que no se conformarían fácilmente con el establecimiento en México de un poder sólido y fuerte que podría o trataría de poner un dique a la política absorbente y amenazadora “no sólo para Méjico” de cuyo territorio se habían apoderado de una tercera parte, sino también para las “Repúblicas de Centro América tantas veces atacadas e invadidas”. Y a este respecto confesó que sin “pretender justificar la intervención francesa... es indudable que si este [el Imperio] no se consolida, aquel desgraciado país está condenado a perder su nacionalidad y autonomía y a correr la misma suerte que Tejas y California” (París, 24 de abril de 1864).

Mitre, entretanto, había inaugurado el 5 de mayo de 1863, las sesiones del Congreso. En su *Mensaje* no dejó de tratar la intervención europea en México. Volvió a dar muestras de su política realista. Aunque se quiso ver en sus términos cierta acrimonia, la verdad es que concilió con altura y dignidad la simpatía que en verdad sentía por la causa mexicana con la necesidad de no comprometer las buenas relaciones que mantenía con el gobierno del Emperador.

La opinión pública

En general la opinión pública simpatizó abiertamente con la causa de México y el periodismo (del que hemos dado ya algunas noticias) se encargó de mantener vivo dicho entusiasmo. En noviembre de 1862 en *El Siglo* (sábado 15 de noviembre de 1862, pág. 1) transcribió un llamado a la juventud argentina para obsequiarle una bandera al general Zaragoza.⁴⁰ Al parecer, en ese instante, la idea no llegó a materializarse. El orgullo nacional y la devoción por los principios republicanos tan ardientemente defendidos después de Caseros, hallaron en la "cuestión mexicana" un tema apropiado. Y tanto en la capital como en el interior, el pueblo en general se identificó con la causa de la nación hermana. A comienzos de 1863, al conocerse nuevas noticias desfavorables para la intervención a cargo de los ejércitos imperiales, la opinión pública volvió a apasionarse en torno a la cuestión mexicana. Adolfo Alsina presidió una numerosa asamblea y en ella se resolvió abrir una subscripción para reunir los fondos necesarios para obsequiar una bandera al ejército mexicano. La prensa retomó el tema con exaltación (marzo de 1863).

La caída de Puebla en mano de los imperiales produjo en Buenos Aires honda sensación y desató una ola de indignación contra Napoleón III. En las calles y en el periodismo se sucedieron las expresiones más violentas y hostiles. El principal animador y el "inspirador más activo" fue Bilbao que contribuyó a que se constituyesen comités encargados de recolectar el óbolo popular para costear un solemne funeral en homenaje a los caídos en la defensa de la ciudad mexicana. De pronto se tuvo noticia de la ocupación de la misma ciudad de México. El efecto producido por esta información, fue enorme pues, al difundirse la nueva según la cual el pueblo de la ciudad había recibido en forma entusiasta a las legiones imperiales, el partido que más había agitado a las filas populares y que explotaba la situación externa con miras al pleito político interno, quedó momentáneamente confundido

y trató de explicar y atenuar la importancia de la toma de la capital mexicana.

Ello no obstante, el 21 de agosto, con asistencia de varios miles de personas se realizó en la Catedral la proyectada ceremonia religiosa. El presidente de la Nación no concurrió ni envió representante alguno, como era de esperar. Mitre no estaba dispuesto a separarse de la línea de conducta internacional que se había trazado. Los doctores E. Costa y Rufino de Elizalde y el general Gelly y Obes así como el gobernador de la Provincia y numerosos legisladores hicieron acto de presencia aunque como simples particulares:

...en la nave del medio y bajo la cúpula de la catedral, se alzaba triste pero imponente, sencillo pero majestuoso, el catafalco que la mano del pueblo de Buenos Aires levantaba en el templo de Dios, para llevar hasta él sus oraciones y sus preces por los muertos queridos de la República Mejicana.

Era una columna cuadrilátera de merino negro y quince varas de altura, reposando en una base escalonada de doce varas cuadradas por tres de altura.

Sobre la columna una sencilla cruz dorada de tamaño proporcional y cubriéndola un inmenso manto de merino negro que arrancaba de una corona suspendida del mismo medio de la cúpula.

En la columna se lee en letra de oro y bajo una corona simbólica de siempre vivas, esta gloriosa palabra

PUEBLA.

También prestó su desinteresada colaboración Mármol, el autor de *Amalia*, a quien se le debió la idea de representar la "resistencia y el estrago con que Puebla cayó, por el trofeo de armas quebradas, y rotas que se veían en la base del túmulo". Cierta razón tenía *La Tribuna* cuando al comentar el hecho, dijo:

El corazón del pueblo sólo palpita por la libertad y el derecho.
Y el corazón del pueblo de Buenos Aires ha palpitado por Puebla.⁴¹

No faltaron sin embargo, quienes participaron de una opinión contraria. En efecto, había personas que cansadas por las continuas revoluciones, padeciendo un estado social que

no les presentaba suficientes garantías ni para sus propiedades ni para sus personas, desesperaban de obtener lo que anhelaban de la situación política imperante. Temían la anarquía, temían la demagogia y deseaban “en lo más recóndito de su corazón un cambio parecido al que se supone debe ser el desenlace de la cuestión mexicana y formulan votos para que este soplo aún tan débil— de restauración monárquica... llegue a las márgenes del Plata”. Tal es la expresión empleada por Lefèbre de Bécour en su comunicación del 7 de abril de 1862, y que no vuelve siquiera a mencionarla en el resto del año. ¿Producto de la imaginación del diplomático francés deseoso de hallar a quienes simpatizasen con la aventura de México? No lo creo; él mismo agrega estas escuetas pero significativas palabras: “*No provooco ni aliento estos desahogos pero creo de mi deber señalarle un hecho del cual usted apreciará el alcance*”.

La élite dirigente, aun en sus más variados sectores no sólo apoyó la causa mexicana, sino que extrajo de ella conclusiones aleccionadoras. Sarmiento, en mayo de 1862, le escribía a Rufino de Elizalde: “Ojalá que Méjico se salve moralmente. Esto me dará tregua”. Más tarde y desde Nueva York dirigiéndose a Matías Romero, le expresó algo más categórico: “si somos vencidos en la República Argentina mis miradas se volverían a Méjico, en busca de segunda patria”. Esta confesión la completó poco después diciendo: “Méjico ha conquistado recién su lugar entre las naciones y tomado el que le corresponde en América. ¡Que lo conserve por siempre!”⁴² Otro contemporáneo el general José María Francia, comentándole a Antonio Taboada la situación del norte argentino, no dejó de decirle, al pasar, cuál era su interpretación:

Mucho me complace la participación de las provincias del Norte; con la paz mi buen amigo, tendremos leyes y seremos fuertes; y si no que nos sirva la experiencia de la República mexicana invadida por tres Potencias.⁴³

Finalmente, un argentino de sangre aventurera y resuelto defensor de la libertad, Edelmiro Mayer, se hizo intérprete

de la simpatía argentina por la causa mexicana, y ofreció su espada a Benito Juárez.

Consideraciones finales

- 1º La intervención europea en México, sorprendió a la República Argentina en el momento en que las autoridades surgidas a raíz de la batalla de Pavón daban los primeros pasos para consolidar el nuevo orden de cosas.
- 2º La intervención europea fue una de las causas que gravitó, indirectamente, para acelerar la entrega del manejo de las relaciones exteriores en manos del general Mitre.
- 3º El general Bartolomé Mitre al negarse a dar la adhesión de su gobierno al Tratado Continental obró acertadamente. El país que recién salía de una crisis no estaba en condiciones de intervenir activamente en ninguna coalición. Esto en el hipotético caso de que se hubiera contemplado esa posibilidad. Por lo demás, la Argentina tenía puestos sus ojos en Europa cuyos capitales, y cuya ayuda cultural le eran imprescindibles. Mitre sin embargo, en ese instante crítico de suma debilidad en que se encontraba la Nación, no tuvo reparo con gestos y términos precisos y adecuados, en demostrar particularmente su simpatía por México y segundo no aceptar algunas exigencias de las dos cancillerías más importantes en ese instante (Londres y París). Así no vaciló, en plantear el problema de la nacionalidad para los hijos de extranjeros nacidos en el país.
- 4º El pueblo argentino y su intérprete, el periodismo, demostró de manera inequívoca su simpatía por México. Los periódicos hicieron con toda razón y justicia el distingo entre el gobierno de Napoleón III y el de Francia. Es decir que se atacó resuelta y únicamente a la política del Emperador.
- 5º La cuestión mexicana fue uno de los medios empleados en la política interna argentina para exaltar los principios republicanos y exteriorizar su oposición al gobierno del general Mitre. Nos referimos concretamente al alsinismo

que para esta época ya constituía una fuerte agrupación adversaria al vencedor de Pavón.

- 6º En 1864 los graves problemas externos que tuvo que afrontar la Argentina (cuestión con la República Oriental del Uruguay y amenazante situación con el Paraguay) colocaron a la cuestión con México en un plano secundario.

NOTAS

¹ Comunicación de Ch. Lefèbre de Bécour a Thouvenel, ministro de Relaciones Exteriores, Paraná, 7 de marzo de 1862. El diplomático francés tenía a la sazón una prolongada actuación en el Río de la Plata (desde la época de Rosas). Acreditado cerca del gobierno de Urquiza, en Paraná, en 1856, los periódicos porteños no le perdonaron que no lo hubiera sido cerca del gobierno de Buenos Aires. De suerte que su nombre no gozaba de simpatía en los círculos oficiales, ni en el periodismo que anunció su traslado de Paraná a Buenos Aires con calculada frialdad. Pero, Lefèbre de Bécour, por su parte, no tuvo mayor simpatía por las autoridades surgidas a raíz de Pavón. Si a esto se le añade la irritación que le produjo la negativa del general Mitre a indultar a los marineros de la cañonera *Fulminante*, se explica que llegase a estampar conceptos duros e injustos no sólo para las autoridades sino aun para el país. Juicios inexactos que él mismo los desmentía en su siempre interesante correspondencia. Pero el estallido del diplomático ¿se debió como hemos dicho, únicamente, a la indignación que le produjo la negativa de Mitre? ¿O es que quiso hacer méritos ante su canciller? ¿O no podía admitir que una república joven, recién salida del caos, no se inclinara ante una exigencia del representante del Emperador? Porque todo lo que no era elogio o complacencia era juzgado por él con términos siempre severos, siempre acres. Estaba al servicio de Napoleón III y, por lo tanto, fiel a su Emperador, no admitía que se juzgara con independencia la intervención europea en México. Pero, nada dice, en cambio, de las censuras de J. Favre. Y, lo que también se destaca es que le merecen más elogios lo que ocurre en otros países.

² Comunicación de Ch. Lefèbre de Bécour a Thouvenel, Paraná, 7 y 22 de abril de 1862.

³ H. MABRAGAÑA, *Historia del desenvolvimiento de la Nación argentina relatada cronológicamente por sus gobernantes, 1810-1910*, t. III, 1852-1880, págs. 185 y 186. El Mensaje de Mitre fue reproducido por periódicos de la capital y el interior, por ejemplo, *La Confraternidad*, de Jujuy, año I, n.º 70, 27 de julio de 1862, pág. 2, col. 1. *La Nación Argentina*, n.º 52, del 14 de noviembre de 1862, pág. 1, cois. 3 y 4 publicó un artículo titulado *Política Americana* favorable al Mensaje. El repre-

sentante del gobierno imperial francés a quien no le provocaba simpatía la efervescencia política porteña ni el tono muy republicano de su periodismo, comentando el discurso de Mitre, escribió: "El tono es moderado y conciliador, pero un poco frío y por ello ha provocado poco entusiasmo y algunos gritos de "Viva el general Mitre", a los que siguieron otros de "Viva la Patria" que me han parecido más numerosos". Luego agregó: "Vd. no advertirá en el discurso... ningún pasaje verdaderamente significativo y si se quisiera absolutamente descubrir una idea política, esta consistiría en la resolución de mantener la actual constitución contra las veleidades de una diferente organización en un sentido unitario y centralista que ya se han manifestado. Es lo que me parece desprenderse de varias expresiones necesariamente calculadas y del carácter "legislativo" asignado cuidadosamente al Congreso, en oposición al de Constituyente". En una nota del 12 de junio refiriéndose a la cuestión Capital, vuelve a criticar al *Mensaje*: "Vd. verá en que términos oscuros, con qué timidez y con qué complicación de otros intereses, disimulando mal segundas intenciones anti-nacionalistas, el Presidente provisorio ha invitado al Congreso a ocuparse [de la cuestión] en lugar de dejar tomar la iniciativa al Senado, como por lo general se esperaba". Y sin embargo, las comunicaciones de Lefèbre de Bécour abundan en informaciones muy bien filtradas sobre los problemas internos a los cuales hacía frente con serenidad, ponderada cautela e inteligencia, el vencedor de Pavón. Este no solamente debía cuidar en el frente interno la posición y maniobras de los federales, vencidos pero no aniquilados, sino también a su propio partido donde la actividad desplegada por él alsnismo concluiría dividiendo al liberalismo y con ello retardando e impidiendo su vasto plan de reformas. Cfr. también: LUIS DE ELIZALDE, *La política internacional de la presidencia de Mitre*, en *La Nación*, domingo 7 de octubre de 1962, cuarta sección, p. 3; CARLOS R. MELO, *Desde Pavón hasta el 12 de octubre de 1862*, en *Ibid.*, p. 1.

⁴ Comunicación de Ch. Lefèbre de Bécour al Ministro de Relaciones Exteriores, Paraná, 22 de marzo de 1862; carta dirigida por el mismo a V. Roque, Paraná, 14 de marzo de 1862. Con relación a Juan B. Alberdi recordaremos que el 14 de febrero de dicho año, presentó al Ministro francés de Relaciones Exteriores un *Memorándum relativo a los medios de influencia que la actual crisis de la República Argentina ofrece al gobierno de S. M. el Emperador de los franceses para el restablecimiento y conservación de la paz en dicho país*. El citado *Memorándum* fue remitido a Lefèbre de Bécour, el cual, con fecha 29 de abril contestó emitiendo una extensa opinión. Las ideas expuestas por el talentoso tucumano no le parecían susceptibles de aplicación práctica. En "teoría y desde el punto de vista histórico, el memorándum de Alberdi no es del todo falso; pero creo que es aún más exacto decir que no es ni verdadero ni justo". Luego se refirió concretamente al aspecto

económico como causa de la guerra civil y a este respecto su interpretación es terminante. Dice así: "No son motivos económicos los que desencadenaron la última guerra civil. Las pasiones políticas lo hicieron todo; la revolución de San Juan, la intervención nacional en esta provincia, el rechazo de los diputados de Buenos Aires al Congreso, las intrigas del partido unitario en Córdoba, la revolución que el Presidente [Derqui] quiso realizar contra dicho partido en esa provincia, todos estos acontecimientos no son más que episodios de la eterna lucha librada entre sí por los partidos, sin que se pueda ver la menor influencia de un malestar económico..." Encontraba, finalmente, que las ideas de Alberdi, en sí mismas eran "razonables y justas". Pero —agregaba— "no es una razón para que las Potencias, sin agravios actuales importantes, intenten intervenir en asuntos delicados, con el único propósito de garantizar a sus nativos y su comercio de eventuales obstáculos".

⁵ Comunicación de Ch. Lefèbre de Bécour al Ministro de Relaciones Exteriores, Buenos Aires, 26 de septiembre de 1862.

⁶ Comunicación de Ch. Lefèbre de Bécour al Ministro de Relaciones Exteriores, Buenos Aires, 14 de mayo de 1863.

⁷ Comunicación de Ch. Lefèbre de Bécour fechada en Paraná el 7 de abril de 1862, en *Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores*, París, *Correspondencia comercial, Buenos Ayres, 1862-1864*, t. VI.

⁸ Comunicación de Ch. Lefèbre de Bécour al Ministro de Relaciones Exteriores, Buenos Aires, 27 de mayo de 1862.

⁹ *El Imparcial*, Córdoba, 2ª época, n° 1522, 2 de abril de 1862, pág. 2, col. 3 a 4. Redactado por Luis Cáceres, Carlos Bouquet, Agustín E. Aguirre, Salustiano J. Zavalía y Enrique López. Los editores eran Justo Pastor Martínez, Julián Urquiza, Ramón Patiño, Pastor J. Gigena, Manuel Cabral, Rosa Llana y Armengol Tercera.

¹⁰ *El Imparcial*, Córdoba, 6 de abril de 1862, 2ª época, n° 1,526, pág. 3, cois. 3 y 4.

¹¹ *El Imparcial*, Córdoba, 18 de abril de 1862, pág. 1, cois. 1 a 6.

¹² Era un periódico comercial, político y literario, del cual fueron redactores Dalmacio Vélez Sarsfield, Miguel Cané, Carlos Tejedor, Bartolomé Mitre, José María Gutiérrez, Domingo Faustino Sarmiento, Benito Hortelano, Nicolás Avellaneda, Juan Carlos Gómez y Dardo Rocha. Fueron sus editores los señores Cayetano Casanova, Rosendo Labardén y R. Lozano. Continuó apareciendo hasta el 30 de octubre de 1886. En 1862 el director y editor era Pedro P. Creuhet.

¹³ *El Nacional*, Buenos Aires, n° 2,972, 22 de mayo de 1862, pág. 2, cois. 3 y 4. En *El Imparcial*, Córdoba (n° 1,548, del 8 de mayo de 1862, pág. 1, col. 6) se publicó una extensa biografía del general de Lorencez.

¹⁴ *El Nacional*, Buenos Aires, n° 3,003, 2 de julio de 1862, pág. 1, col. 6; pág. 2, cois. 1 y 2; n° 3,004, 3 de julio de 1862, pág. 1, cois. 5 a 7, pág. 2, cois. 1 a 3; n° 3,005, pág. 2, cois. 1 a 3; n° 3,006, 5 de julio de 1862, pág. 1, col. 6 y 7, pág. 2, col. 1 y 2.

15 *El Nacional*, Buenos Aires, nº 3,008, 9 de julio de 1862, pág. 1, col. 6; nº 3,009, 10 de julio de 1862, pág. 2, cols. 1 y 2.

16 *D. H., Tratado continental*, en *El Nacional*, nº 3,009, 10 de julio de 1862, pág. 2, cols. 1 y 2.

17 *Mensaje del gobierno de la provincia*, San Juan, 22 de junio, en *El Nacional*, nº 3,010, 11 de julio de 1862, pág. 1, col. 3.

18 *El Nacional*, Buenos Aires, nº 3,017, 19 de julio de 1862, pág. 2, col. 4; nº 3,027, 31 de julio de 1862, pág. 2, col. 5.

19 Periódico político, literario y polemista, redactado por Juan Carlos Muñiz, Héctor F. Varela, Mariano Varela, Saturnino Córdoba y E. Rodríguez Lubary. Continuó apareciendo hasta el 27 de septiembre de 1880. Héctor F. Varela principal redactor y propietario del diario, combatía disimuladamente las ideas y los proyectos del general B. Mitre, aunque por otro lado, no dejaba de considerarlo y lisonjearlo. En septiembre de 1862 fue designado para desempeñar el cargo de Cónsul general en Francia. El nombramiento, que provocó alguna sorpresa pues desde hacía varios años *La Tribuna* se caracterizaba por su decidida y visible oposición al gobierno de Napoleón III, no dejó de ser comentado como lo prueba el párrafo que le dedicó Ch. Lefèbre de Bécour en su comunicación del 13 de septiembre y en la cual dice: "Es un nombramiento singular, en el cual algunas personas sólo han visto el propósito de alejarlo. Pero el diario que ha hecho su fuerza y la de sus hermanos corifeos, como así también de la demagogia bonaerense, ese diario queda y no ha cambiado de lenguaje. El señor Héctor Varela lo convirtió desde hace diez años en el ardiente propagandista de correspondencias siempre groseras y violentamente hostiles al gobierno y a la persona del Emperador, y el eco amplificado de todas las calumnias del radicalismo europeo. Vuestra Excelencia juzgará si conviene hacerle sentir en París que no se lo desconoce. No vacilo en decirle que es un hombre que hay que vigilar". El gobierno imperial no lo reconoció en su calidad de Cónsul general (véase: *Explicaciones*, por Héctor F. Varela, en *La Tribuna*, julio 1863). Fue reemplazado por Santa Coloma (mayo de 1863). Mitre, en una conversación con Lefèbre de Bécour no vaciló en "censurar la correspondencia" de Varela publicada en *La Tribuna*. Para entonces, M. Balcarce, desde París, informaba al gobierno argentino, diciéndole: "ha sido siempre órgano de las correspondencias europeas más calumniosas y violentas contra el Emperador" (Carta del 8 de junio de 1863, en *Archivo del general Mitre*, t. XIII, pág. 47).

20 *Importante de Méjico y Méjico resiste*, en *La Tribuna*, Buenos Aires, 19 de julio de 1862, pág. 1, col. 7 y pág. 2, col. 2.

21 *La Tribuna*, Buenos Aires, 20 de julio de 1862, pág. 1, cols. 6 y 7.

22 El parte del general Zaragoza fue publicado *in-extenso* en *La Tribuna* del 3 de agosto de 1862, pág. 1, col. 5.

23 *El centenario de "La Nación Argentina"*, en *La Nación*, Buenos Aires, domingo 16 de septiembre de 1962.

24 *La Nación Argentina*, Buenos Aires, año 1, n^o 33, 20 y 21 de octubre de 1862, pág. 1, col. 2.

25 *La Nación Argentina*, Buenos Aires, año 1, n^o 52, 14 de noviembre de 1862, pág. 1, cois. 3 y 4.

26 H. MABRAGAÑA, *Historia del desenvolvimiento de la Nación argentina, etc., cit.*, t. III, págs. 185 y 186; *Correspondencia / cambiada con la Legación del Perú / en / la República Argentina / sobre el Tratado Continental celebrado / en Santiago de Chile, en septiembre 15 de 1856 / Publicación oficial / Buenos Aires / Imprenta y litografía de Bernheim, y Boneo, calle del Perú 147 / 1862.*

27 Entretanto, Seoane había ido a Montevideo para negociar idéntica adhesión, pero la apertura del Congreso de Buenos Aires lo obligó a salir del Uruguay antes de haber recibido la esperada respuesta. Luego, el 16 de junio se embarcó rumbo al Paraguay donde el fracaso coronó sus esfuerzos. Lefèbre de Bécour, en agosto de 1862, conversó en Asunción con Carlos A. López y pudo apreciar el disimulo con que procedía el dictador paraguayo: "La conversación, desde luego, algo vaga, fue, en resumidas cuentas, bastante amistosa para mí y particularmente algo notable por la ausencia completa de toda alusión a la expedición de México, respecto de la cual por el contrario, el general López me había dicho antes algunas palabras con alguna intención poco benévola". El 12 del mismo mes tuvo otra prueba del pensamiento de López, cuando informó que: "bien que el general López haya sido el primero en darme la nueva, con cierta complacencia, del contratiempo experimentado por nuestra expedición frente a Puebla..." Pero inmediatamente le llegó a decir que "consideraba a Francia como la protectora natural de los pueblos hispanoamericanos".

28 *Correspondencia cambiada con la Legación, etc., cit.*

29 *Mensaje del Presidente de la República Argentina Bartolomé Mitre al abrir las sesiones del Congreso Argentino el 1^o de mayo de 1863*, en H. MABRAGAÑA, *Historia del desenvolvimiento de la Nación argentina, etc., cit.*, t. III, pág. 192.

30 El último eco de la discusión estuvo representado por un artículo publicado en *La Tribuna* en el cual se transcribían párrafos de una comunicación atribuida a un diplomático que no podía ser otro que Lefèbre de Bécour. Dicha alusión se había hecho con intención censurable. Naturalmente el diplomático citado, rechazó enérgicamente la paternidad de la comunicación, redactada a su juicio, por un compatriota llamado Cornac. Luego se entrevistó con el ministro Elizalde a quien reiteró su desmentido. En diciembre de ese mismo año el asunto volvió a tener actualidad, pues el mismo Cornac en el número del día 14 de *La Nación Argentina* reprodujo los párrafos cuestionados agregando en dicha oportunidad comentarios que Lefèbre de Bécour juzgó descorteses

para su persona. En consecuencia escribió una carta al director del diario y luego otra, al canciller Elizalde (17 y 18 de diciembre). Éste, al acusarle recibo, dejó aclarado que *La Nación Argentina* no era un diario oficial.

31 *Correspondencia cambiada con la Legación del Perú, etc., cit.*

32 *Archivo del General Mitre*, t. XIII, pág. 30.

33 París, 6 de agosto de 1862, en *Ibid.*, t. XIII, pág. 32.

34 *Ibid.*, t. XIII, págs. 35 y 36.

35 *Ibid.*, t. XIII, pág. 41. (Comunicación fechada en París el 24 de diciembre de 1862).

36 *Ibid.*, t. XIII, pág. 46.

37 Confidencial, París, 8 de junio de 1863, en *Ibid.*, t. XIII, pág. 48. No dejaremos de citar la curiosa comunicación de Hilario Ascasubi quien dirigiéndose a Mitre, desde París, el 7 de enero, le hacía saber que el Sultán le había ofrecido a Napoleón III un regimiento de infantería compuesto por mil negros, para que los utilizara en la campaña de México. "Yo creo —acotó Ascasubi— que si V. E. le ofreciese mil pampas también las aceptaría, porque en Méjico lo apuran, de lo que me alegro mucho".

38 París, 24 de junio de 1863, en *Ibid.*, t. XIII, pág. 50.

39 Madrid, 8 de septiembre de 1863, en *Ibid.*, t. XIII, pág. 55.

40 "Las ideas no tienen patria, y la gloria más pura de las nobles acciones es el aplauso universal de los buenos. El pueblo argentino que siempre ha sido el primero en ideas entusiastas, es preciso que no sea el último en las ovaciones que de todos los puntos de América se tributan hoy a la causa mejicana. La idea que hoy defiende México es la que defiende toda nación que se siente con fuerzas para vivir y con alientos varoniles para sostener la independencia nacional... Mientras la República Oriental envía una espada al general Zaragoza, Chile y el Perú y las demás repúblicas circunvecinas, una medalla, una banda un óbolo alguno, significando el agradecimiento de sus admiradores, invitamos a la juventud argentina a levantar una subscripción para enviarle una bandera como testimonio de las simpatías que cuenta entre nosotros la noble causa que defiende" (*Una bandera al General Zaragoza* (artículo comunicado), en *El Siglo*, sábado 15 de noviembre de 1862, pág. 2). *Le Progrès* fue el periódico que en Buenos Aires defendió la intervención.

41 Lefèbre Bécour al ministro Drouyn de Lhuys, Buenos Aires, 7, 11, 14 y 25 de agosto de 1863. Bilbao, antiguo discípulo "du second Laménais" era amigo y corresponsal de Edgar Quinet. En lo referente al general del 21, Lefèbre de Bécour anota que el obispo de Buenos Aires, pariente de la señora de Balcarce, no asistió, pues días antes, sea por cálculo o por otra razón, se había retirado.

42 DOMINGO F. SARMIENTO, *Obras*, t. XXXV, pág. 268.

43 GASPAR TABOADA, *Los Taboada, Luchas de la organización nacional, Documentos seleccionados y coordinados por...*, t. II, pág. 561, Buenos Aires. Editor Juan Roldán, 1933.